

CÍRCULO DE AMIGOS Y OCIO EN MEDELLÍN

Algunas semanas después de mi llegada a Medellín, Hartmann y Prüfert, que eran muy amigos, me propusieron ocupar con ellos una casa que ya habían alquilado y querían equiparla con sus propios muebles. La idea no me entusiasmó, porque le temía a los gastos. Era mucho más importante para mí lograr lo más rápido posible un pequeño respaldo financiero, que vivir cómodamente, pero ante la insistencia de Hartmann, quien me quería garantizar que los gastos para mí no sobrepasarían un determinado monto, al final acepté en aras de mantener la paz. La casa estaba ubicada a solo unas cuerdas del banco, en la calle Junín. No estaba mal, a pesar de que era un poco oscura. Según la costumbre del país, las habitaciones estaban agrupadas alrededor de un patio cuadrado, en cuyo centro había una fuente que funcionaba día y noche. Como todas las casas en Medellín, la nuestra poseía también unas buenas instalaciones de baño, consistentes en una bañera empotrada en el piso, revocada y recubierta con azulejos, a la que conducían unos escalones. Era suficientemente grande como para poder sumergirse, un hermoso alivio refrescante en el caluroso clima, tanto más porque el agua proveniente de las montañas siempre era agradablemente fresca.



Hans Sitarz en el baño típico, Medellín

Poco después de nuestra mudanza a la casa, la ciudad sufrió una epidemia de fiebre tifoidea que no perdonó a casi ningún hogar. También mis dos compañeros se contagiaron. El caso de Hartmann fue tan grave que casi dudábamos de su restablecimiento, tanto más, que desde su llegada a Medellín ya había tenido unos ataques de malaria y además era de constitución un poco débil. Estuvo unos noventa días en cama y recién después de cuatro meses pudo volver al banco, pero la enfermedad lo había debilitado tanto que su nerviosismo y sensibilidad empeoraron más de lo que ya habían sido antes, lo cual dificultaba mucho el trato con él. El caso de Prüfert también fue serio, pero se repuso rápido y no sufrió secuelas desagradables.

Yo solo sufrí un leve ataque febril. Era extraño que justo Hartmann y Prüfert, quienes habían enfermado gravemente, desde mucho antes evitaban temerosos todo lo que podía significar un peligro de contagio. Yo, al contrario, tenía una confianza absoluta en mi salud y me preocupé muy poco de cumplir con esas medidas de precaución. Bebía agua sin hervir, comía ensaladas y frutas crudas y me salvé por completo del tifus. ¡Probablemente, una sólida fe en la salud de uno es un buen protector!

Después de haber vivido cerca de un año en la casa tuvimos que dejarla porque el dueño quería transformarla en un local comercial. Nos mudamos a una vivienda un poco más pequeña, pero más nueva, en la calle Bolivia, algo más alejada de la zona comercial, pero una calle ancha y hermosa que justo había sido bordeada por dos filas de palmeras reales. La casa tenía también una caballeriza, lo que les vino muy bien a Hartmann y Prüfert, ya que los dos tenían caballos. Me hubiera gustado hacer lo mismo, sin embargo mis finanzas no me lo permitían; en ocasiones podía montar a uno de los caballos de Hartmann o Prüfert, aunque los dos no eran muy buenos.

Después de cierto tiempo, Prüfert reemplazó el suyo por uno mucho mejor. Lamentablemente tuvo que constatar que el vendedor le había ocultado algunas características desagradables del animal, que le dificultaron mucho montarlo. No quería salir del establo, corcoveaba, trataba de desprenderse del jinete refregándose en árboles y muros, se encabritaba de forma desagradable sobre las patas traseras y no podía pasar de largo por la pista de carreras El Bosque, de Medellín. Había participado en algunas carreras y aparentemente le había gustado. Prüfert experimentó algunas caídas dolorosas y una vez se lastimó de forma grave, después de lo cual me pidió que le hiciera frente al caballo. Le dije que sí, con la condición de que él estuviera de acuerdo si trataba al animal con mano algo dura. Prüfert, que aún sentía los dolores de su última caída, contestó que, por su parte, ¡gustosamente también lo podía matar!

En una tarde libre me ocupé del caballo. Puse al mensajero de la oficina de Prüfert con un látigo delante de la puerta del establo para correr al caballo

en caso de que quisiera regresar de nuevo al establo, me puse mis grandes espuelas para mulas y agarré una fusta brava. Todos estos medios de persuasión fueron usados de golpe y no muy suavemente, a lo que el animal partió espantado en un galope tendido por las calles de Medellín, en aquel tiempo casi libres de tránsito. Dos horas completas anduve con el caballo de forma intensa, sin pausa, y cuando regresé al atardecer con él, obedecía totalmente. Lo monté con frecuencia sin tener ningún inconveniente, y también Prüfert, que era un mal jinete, pudo desde ese momento manejarlo mejor, por lo menos sin otras caídas. Prüfert estaba muy contento con eso y me ayudó a ir ganando creciente fama de buen jinete. Esto me conectó con jóvenes colombianos que, al igual que yo, tenían pasión por los caballos. Sabían que no me podía dar el gusto de un caballo propio y de forma frecuente me ponían generosamente sus propios caballos a disposición.

Una vez, tuve en tal caso, una experiencia desagradable. Un joven, Alberto J. Moreno, al que conocía solo superficialmente, poseía un caballo blanco, grande, hermoso, importado de España, al cual no podía manejar. Repetidas veces me había insinuado montar el animal, pero yo tenía mis dudas en hacerlo porque no lo conocía bien. Al final triunfó mi pasión por los caballos, acepté su oferta y monté el animal varias veces. Tenía una serie de malas costumbres, pero lo pude manejar muy bien.

Un atardecer decidí, por desgracia, visitar a Thiel en su casa de campo, antes de regresar a la ciudad. Él y su señora me convencieron de quedarme para la cena. Até el caballo en el establo de Thiel y le pedí a su cochero no tocarlo. Pero el cochero, con buena intención, después de que me había ido, le sacó al caballo el bocado de la boca para que pudiera comer mejor. Fue lo peor que pudo hacer, pues uno de los mayores defectos del animal era que solo se dejaba enfrenar con dificultad.

Cuando quise irme después de la comida, fue imposible enfrenar al animal. Se comportó salvajemente, se paró en las patas traseras y pateó con las delanteras, lastimándome en la mano izquierda. Al final decidí emplear una estrategia que había aprendido de los vaqueros y que por lo general calmaba a los animales más salvajes. Rápido le puse un lazo en la boca, casi en los ollares y lo ajusté. ¡Pero el resultado no fue lo que esperaba! El caballo dio un salto violento, se cayó y murió. Aparentemente había sufrido un infarto debido a su furia.

Al día siguiente ofrecí al dueño pagarle los trescientos pesos que le había costado el caballo, lo cual también aceptó. Sin embargo, esta acción fue tomada muy mal en la sociedad y fue apartado por un tiempo del Club Unión. Se decía que me había utilizado para domar un caballo díscolo, que lo había tirado varias veces, y me había hecho pagar al final el daño, que quizás era

inevitable. Aunque en ese momento fue muy dolorosa para mí la pérdida de trescientos pesos, pronto me di cuenta de que quizás era un dinero bien invertido, pues el incidente me brindó amigos nuevos.

Durante unas semanas mi pasión por los caballos se enfrió. Pero al poco tiempo conocí en el club a un colombiano rico, Luciano Restrepo, que justo había regresado de California y había traído de allá dos gigantes trotadores. En realidad, debían trotar delante del coche. Pero en aquel entonces no había muchas calles transitables en los alrededores de Medellín, y por eso Restrepo quería que yo probara cómo respondía el mejor de los dos trotadores a ser montado, y me aseguraba que no se me haría responsable si le sucedía algo. De nuevo acepté y monté el caballo varias veces, después de conseguir con cierto esfuerzo una cincha del tamaño adecuado. Un amigo, Luis Alfonso Vélez, me acompañó en la primera salida para poder actuar como testigo, como me dijo, en caso de que me sucediera nuevamente algo. Pero no pasó nada desagradable. El gigantesco animal era algo difícil de detener, pero aparte de eso no tenía malas cualidades.

Casi siempre salía a cabalgar solo, rara vez acompañado. La razón de esto era que mis amigos colombianos, casi sin excepción, preferían desfilas a caballo ante las casas en las cuales vivían señoritas bonitas (damas jóvenes). En su opinión, yo cabalgaba siempre como en una patrulla militar (patrulla a caballo) y pocas veces tenían ganas de hacer eso.

En esa época había pocos automóviles y fuera de la ciudad escasos caminos utilizables para ellos. Cabalgaduras y animales de carga eran por lo tanto los principales medios de transporte. Debido a esta circunstancia, casi todas las familias más pudientes poseían uno o varios caballos de silla buenos. Aunque animales tan finos, como conocí en Bogotá, no había en Medellín. En compensación, los caballos locales se distinguían generalmente por una resistencia excepcional.

Con el transcurso del tiempo encontré entre los jóvenes colombianos una serie de amigos excelentes. Varios de ellos habían sido educados en buenos colegios en el extranjero y eran muy inteligentes e intelectualmente interesados en muchas cosas. Dos hermanos, Guillermo y Samuel Moreno, hablaban con fluidez cuatro idiomas: español, alemán, inglés y francés. Samuel, que se había casado en esos días, poseía una gran biblioteca, que puso generosamente a mi disposición. Lo visitaba ocasionalmente entre el cierre del banco y la cena, en esas ocasiones conversábamos sobre libros y su joven esposa nos atendía con un vaso de cerveza y un pedazo de queso. Este último provenía de una hacienda perteneciente a su familia. El otro hermano, Guillermo, era el tipo de ‘intelectual’, que sabía mucho pero nunca lograba algo práctico con sus conocimientos, contemplaba la vida desde una perspectiva muy sarcástica

y siempre estaba descontento. Él y yo discutíamos horas sobre política, religión, economía y muchos otros temas, y a veces nos acalorábamos bastante. A modo de reconciliación, decía con frecuencia al final: “¿Cuándo vuelve a montar a Lina? Necesita movimiento”. Lina era su yegua media sangre inglesa, un animal muy bueno al que en ciertos momentos montaba con más frecuencia que él.

Entre los otros jóvenes colombianos con los cuales alternaba recuerdo aún a Leonidas Gómez, un dentista muy hábil que más adelante haría carrera en Bogotá; a Luis Alfonso Vélez, llamado la Pelota por su temperamento efervescente y su indestructible buen humor; a Eugenio Martínez, elegante, serio y correcto, y a Gonzalo Mejía, lleno de proyectos. Todos provenían de las mejores familias de Medellín y se consideraban de raza blanca, aunque en realidad tenían, más o menos, algo de sangre indígena en sus venas. Los sectores de población con mezcla de ascendencia negra no encontraban en aquel tiempo acceso a la así llamada ‘sociedad’. Muchos antioqueños afirmaban poder remontar su ascendencia española aun hasta su lugar de origen en España. Según esto, la mayoría debía proceder de la provincia de Andalucía.

El lugar de encuentro con mis amigos colombianos era, excepto para las cabalgatas, casi exclusivamente el Club Unión, que durante largos años fue el centro social de la ciudad. Muy pocas veces visité a uno u otro en su casa. Solo en diciembre, la estación más hermosa del año, en la cual las familias más pudientes se instalaban en sus casas de campo fuera de la ciudad, se hacían allí ocasionales visitas, en las que se conocía a los demás miembros de la familia. Pero yo era poco sociable, por lo tanto, solo hacía las visitas de cortesía obligatorias.

A pesar de mi larga estadía en Medellín, tuve poco contacto con el mundo femenino. Las damas vivían aún acorde a la vieja costumbre española, estrictamente aisladas. La asistencia a misa los domingos era en realidad la única ocasión brindada a las jóvenes para lucir sus mejores atuendos. Los jóvenes se paraban después de la misa delante de la iglesia y dejaban desfilas a las bellezas de la ciudad ante sus ojos. No estaba prohibido que los jóvenes hicieran comentarios al pasar las señoritas; frases de admiración, que eran recibidas por estas con una sonrisa o la palabra “gracias”. El piropo era el nombre que recibía ese tipo de galanteo. Aunque no estaba permitido entablar una conversación en la calle. En general, las jóvenes tampoco salían a esta sin compañía.

Si un joven quería acercarse a una jovencita, se ubicaba frente a su casa hasta que ella aparecía en la ventana. Si notaba que era bienvenido, entonces le estaba permitido acercarse a la ventana siempre enrejada y comenzar una

conversación. Si repetía regularmente sus visitas, entonces se lo consideraba un pretendiente serio, era presentado a la familia e invitado a la casa. Sin embargo, por alguna razón, muchas personas preferían rendir visita de ventana a la novia hasta el día antes de la boda. En los círculos menos educados, que sin embargo mantenían las buenas costumbres, se veía en ocasiones que el novio no se acercaba directamente a la ventana, sino que se paraba a veces bastante alejado de la misma y se conformaba con enviar a su novia miradas llenas de admiración. Una conversación con el objetivo de conocerse aparentemente no era necesaria, o tampoco posible. Habitualmente aparecían las jóvenes entre las cinco y seis de la tarde, en sus ventanas. A las nueve en punto de la noche la buena costumbre exigía que el amigo o novio se despidiera y la ventana fuera cerrada.

En la calle Caracas, una de las zonas residenciales más elegantes de aquel entonces, había tantas hijas casaderas que se sentaban a la tarde en sus ventanas, que los jóvenes colombianos habían bautizado la calle con el nombre de Harén. Con frecuencia la joven dama en edad de casarse, no solo se presentaba en la ventana, sino que al mismo tiempo exhibía su dormitorio especialmente bien arreglado. Si no esperaba visita en la ventana, estaba entonces sentada en el medio de la pieza bien iluminada con un libro en la mano y aparentaba estar profundamente concentrada en él. Esto no le impedía echarle una mirada rápida y disimulada a cada transeúnte.

No se podía reprochar a las jóvenes señoritas que intentaran por todos los medios casarse lo antes posible. Su florecimiento juvenil era muy breve. Pocas veces se podía considerar a una mujer mayor de 25 años como bonita. Si no se había casado hasta esa edad (la mayoría se casaba antes de los veinte años), le quedaba en realidad solo el ingreso al convento. Profesiones femeninas a las cuales podía dedicarse una señorita, sobre todo en los círculos más refinados, todavía no existían.

La fama de la cual gozaban las mujeres, madres e hijas antioqueñas, era muy buena. La vida familiar y su entorno en Antioquia eran considerados ejemplares en toda Colombia. A pesar de que las posibilidades de formación para las mujeres no eran buenas y existía un fuerte prejuicio contra la educación de las hijas en colegios extranjeros, había más mujeres cultas e inteligentes de lo que se hubiera esperado bajo las circunstancias. Pero a las jóvenes que habían recibido una completa formación en el extranjero les resultaba frecuentemente difícil casarse en su propio país. En algunos de esos casos se casaban con extranjeros.

A pesar de que los colombianos no se distinguen en general por su belleza física, había entre las jóvenes algunas bonitas. De todos modos, me gustaba mucho más la antioqueña que la bogotana. Daba la impresión de ser más sana,

fuerte y natural. El uso excesivo de cosméticos aún no estaba tan generalizado en Medellín como en Bogotá. La postura y el andar eran mejores, no obstante que la práctica del deporte era mal vista para la juventud femenina. El auge del automóvil aún no había llegado y todas las formas de transporte exigían un esfuerzo físico. Solo se podía caminar o cabalgar.

En teoría, se le otorgaba a la mujer en Colombia una gran veneración. Pero en la práctica, aún en los círculos pudientes, su destino no era muy agradable. Solo en los pocos años en los cuales era una señorita y presuponiendo que poseía algunas cualidades físicas, tenía un rol en la sociedad. Era el momento del egreso de la escuela religiosa, casi siempre severa, hasta el comienzo del matrimonio. La luna de miel, vivida casi siempre en una casa de campo, se festejaba aún en forma tan opulenta como fuera posible. Después comenzaba la misión de la mujer, que duraría toda una vida, de dar a luz hijos y de educarlos. Los matrimonios colombianos de aquellos tiempos eran familias con muchos hijos. Me acuerdo de algunas que tenían más de veinte hijos vivos. El promedio de esos años era probablemente de doce hijos.

Entre los alemanes, que en esos tiempos eran casi los únicos extranjeros en Medellín, trabé amistad en especial con Emil Prüfert y August Borné, y sus empleados Adolf Stapf y Ernst Reinecke. Todos eran solteros como yo, nos veíamos casi a diario en el club.

Prüfert era el representante en Medellín de la empresa bremense A. Held, que hizo un gran negocio en Colombia, tenía una vasta cría de ganado y había desempeñado un rol importantísimo en la fundación de mi banco. El dueño, Adolf Held, fue hasta su muerte el presidente del consejo de supervisión en Bremen. El señor Adolf Held había vivido de joven ocho años en Colombia, adquirió en el país algo de fortuna y un buen nombre y luego se radicó en Bremen, desde donde siguió ampliando y dirigiendo con gran éxito sus empresas colombianas. Su cría de ganado, ubicada en los alrededores de Barranquilla, cerca del río Magdalena, era una de las más grandes del país y definitivamente la primera y durante muchos años la única que era administrada con criterios estrictamente profesionales. Sus sementales importados eran famosos. Algunos habían costado más de cinco mil dólares estadounidenses, en ese tiempo una suma inconcebible para un toro. Held también había participado decisivamente en el desarrollo de la navegación a vapor en el Magdalena. Esta área de sus negocios fue transferida luego a la Empresa Hanseática. De esta manera, Held había actuado en distintos sectores como pionero a favor del desarrollo económico de Colombia y su nombre era sin duda muy respetado. Desde unos años atrás también tenía una próspera sucursal en Nueva York.

Todo esto se le había subido un poco a la cabeza a Prüfert, su representante en Medellín, unos dos años más joven que yo. Él creía que podía preservar mejor el honor de la empresa mediante un comportamiento arrogante, con aire de desprecio. Los negocios de su firma no se vieron favorecidos por eso, y a pesar que su carácter en realidad no era malo, gracias a su comportamiento siempre fue poco estimado por los locales y extranjeros. De igual manera se comportó conmigo, en el primer tiempo, de forma muy autoritaria. Su posición financiera era mucho mejor que la mía. Venía de una modesta familia de empleados públicos y había recibido buena educación escolar, pero su formación comercial todavía era bastante deficiente cuando nos conocimos.

August Borné también se había formado en la empresa A. Held. Trabajó en sus sucursales colombianas y luego ocupó durante varios años un muy buen puesto en la oficina de Nueva York, el cual perdió debido a una desavenencia con Held. Por lo que sé, tuvo la culpa de su despido, pero no lo admitió y mostraba públicamente un gran odio contra la empresa A. Held. Él era el representante de la firma bremense Schütte, Bünemann & Co., principal competidor de A. Held, y trataba por todos los medios de quitarle los negocios. Esto se vio facilitado, en gran medida, por el hecho de que se destacaba sobre su competidor local Prüfert, por su personalidad atractiva, determinación y gran experiencia comercial. Aunque ambos alternaban en el ámbito social, se producían frecuentes choques entre ellos, casi siempre provocados por culpa de Prüfert, quien sufría problemas frente a las bebidas alcohólicas, las que —incluso en pequeñas cantidades— rápidamente se le subían a la cabeza. Él, que normalmente siempre mostraba un talante correcto y educado, podía llegar a ser, sin motivo, desagradablemente agresivo, lo que le causaba disgustos no solo con Borné.

Borné siempre fue muy amable y amistoso conmigo, a pesar que me llevaba seis años en edad. Tenía un hermano en Bogotá, Heinrich, que era socio de la empresa de productos de hierro suiza Robert Beck & Co., al que conocí muy bien durante mi estadía en Bogotá. Él mismo me había dado, al momento de mi traslado a Medellín, una carta de presentación para su hermano August, por la cual August fue desde un principio muy atento conmigo. Adolf Stapf, su empleado, era una persona agradable, totalmente honesta y respetable, pero de pocas luces. Había estado unos años en Nueva York y aún deseaba mucho volver allí.

Ernst Reinecke era socio de la empresa de representantes Hülsmann & Reinecke, que representaba la firma de Solingen Kissing & Möllmann. Tenía unos cuarenta años, no era muy culto, pero sí honesto y fiel. Era muy respetado entre los colombianos, aunque ocasionalmente se burlaban un poco de su modo de ser rígido y algo peculiar. En su juventud había sido miembro de uno

de eso clubes deportivos en los que la gimnasia era algo secundario, pero lo principal era la ostentación de un uniforme de gimnasta y las reuniones en la mesa de cerveza. Podía tomar increíbles cantidades de esta y fumaba sin cesar. Todas las mañanas compraba un paquete con cincuenta cigarrillos, y aunque regalaba una parte, la mayoría la fumaba él mismo. Siempre estaba ronco. Tenía un andar artificialmente enérgico, con movimientos de brazos exagerados. En realidad era un peatón muy flojo.

Con respecto a otros extranjeros, solo tuve un contacto más estrecho en los primeros años en Medellín, con Harold B. Meyerheim, un inglés de origen alemán. Creo que había nacido en Alemania (Fráncfort del Meno). Era pariente del pintor de animales alemán Paul Meyerheim y también tenía talento para el dibujo, principalmente para caricaturas. Estaba casado con una medellinense de una de las primeras familias y se había hecho católico por el matrimonio. Había sido de religión judía. Comercialmente era muy capaz y había adquirido una considerable fortuna. En su matrimonio era muy infeliz, lo cual manifestaba abiertamente con frecuencia. Entre los locales era poco apreciado. Era amigo íntimo de Borné y alternaba exclusivamente con miembros de la colonia alemana, por lo cual su ciudadanía inglesa estaba casi olvidada. A excepción del ya mencionado cónsul Badian, que además hablaba también fluidamente alemán, solo había unos pocos extranjeros suizos y franceses en Medellín. Estos aparecían muy poco. No había un solo norteamericano, su número se mantuvo muy exiguo durante muchos años.

Entre los extranjeros con los que estaba en contacto yo era el que estaba financieramente en desventaja. Pero de ninguna manera me lo hacían notar en forma desagradable. Las relaciones eran amistosas. No obstante sentía, sin que me lo dijeran, que mi actividad, ligada a las largas horas de trabajo, visto desde la perspectiva promedio de los extranjeros, era de índole algo plebeya. La ocupación aristocrática de aquel tiempo era ser representante de empresas extranjeras. Para ellos aún había tiempos dorados. No tenían la necesidad de perseguir a la clientela, esta concurría a los depósitos de muestras y se anunciaba con anterioridad. Aún era un honor para los clientes si el representante los visitaba en persona, lo cual sucedía rara vez. Casi ningún representante permanecía más allá de las tres de la tarde en su oficina. Si un cliente llegaba tarde, debía regresar al día siguiente. Después de las tres los señores representantes cabalgaban o se dirigían a Robledo para concurrir a la en aquel entonces única y pequeña piscina de natación, o se recuperaban de los esfuerzos del día de otra manera. ¡No se entendía por qué los ‘banqueros’ siempre tenían que estar sentados tanto tiempo en la oficina! Unos años después, habían cambiado los papeles y ser representante se había convertido en cualquier otra cosa menos en una distinción.

La oportunidad de alternar con familias y con damas se daba escasas veces en el seno de la colonia extranjera. Entre los alemanes que conocía más de cerca solo había tres casados, es decir: Thiel, Hülsmann y Repchen. La señora Thiel, la peruana, era muy bonita, pero por lo demás, completamente carente de interés; la señora Hülsmann —media alemana, media colombiana— era muy amable y hospitalaria, pero aparte de eso tampoco era muy atractiva; la señora Repchen era joven, bonita, inteligente y entretenida, pero como su marido no me era muy simpático limitaba mis contactos con este matrimonio a lo imprescindible.

Nunca aprendí a bailar. Aparte del hecho de que nunca había tenido el deseo de aprender, en mi juventud no se me presentó la tentación de querer hacerlo. Hasta hace poco tiempo mi situación financiera había sido un obstáculo suficiente. Ahora, en el Medellín rígidamente católico, era mal visto bailar en la alta sociedad. Solo unas pocas jóvenes de esos círculos se animaban a pasar por alto la opinión de la Iglesia para hacerse presentes en algunas de las esporádicas fiestas en el Club Unión, en las cuales se bailaba un poco. La relación entre damas y caballeros en tales oportunidades era habitualmente uno contra diez. Una familia Gómez aportaba casi siempre la mayor cantidad de bailarinas. Era una viuda sin fortuna, pero con cinco hijas bonitas, y estaba más preocupada por casar pronto a las mismas que comportarse exactamente según los deseos de la Iglesia. Por ello tuvo que soportar muchas críticas desfavorables, no solo de las mujeres, sino también de unos cuantos hombres; finalmente logró su meta de ver casadas a todas sus hijas, pero no a todas muy bien.

Si bien tuve la suerte de crear en Medellín un círculo muy amable de amigos, no logré establecer una relación realmente agradable con mis dos superiores Thiel y Hartmann. Thiel me resultaba —y me resulta— una persona antipática. Pero como era el experto, prefería dirigirme a él para todos los asuntos a discutir con la dirección. A Hartmann le molestaba esto y me pidió que le preguntara a él, con el pretexto de que Thiel estaba ocupado habitualmente con la clientela. Me esforzaba en respetar su deseo, pero noté que pocas veces estaba en situación de tomar una decisión. O me daba una respuesta sin sentido, o él mismo debía dirigirse a Thiel. En todos los casos terminábamos consultando a Thiel. Para ahorrar tiempo consultaba, por lo tanto, a Thiel directamente. El hecho de que tenía constantemente más trabajo del que podía hacer en el horario comercial normal, ambos superiores lo pasaban por alto, a propósito.

Debido a esta situación había constantes pequeñas fricciones entre Hartmann y yo en el negocio, lo cual no me hubieran importado si él no hubiera empezado a descargar en mí su mal humor también en la vida privada, en

nuestra casa en común. Como me había contratado y se había mostrado simpático en mis primeros tiempos en el banco, resolví aguantar su mal genio tanto como fuera posible. Pero después de haber vivido con él durante un poco más de un año, hubo nuevamente una diferencia de opiniones entre nosotros debido a una razón insignificante, por lo tanto decidí abandonar pronto la vivienda en común.

Tomé una habitación en el hotel Europa, recién restaurado, donde no vivía justamente mejor, pero sí independiente, y al final era un poco más barato.

El nuevo dueño del hotel era el hermano, unos años mayor, de mi amigo Gebhard en la hacienda de Pehlke. Se llamaba Wilhelm, y tanto él como su mujer y sus dos pequeñas niñas me resultaron desde el primer instante muy simpáticos. A pesar de su aspecto algo rudo, Wilhelm Gebhard era un hombre confiable, honesto y decente. Extraordinariamente trabajador, nunca encontré a una persona tan hábil en el manejo de herramientas como él. De todos los trabajos de instalación en su hotel, de unas veinte habitaciones, hizo la mayoría con sus propias manos.

Había sido mecánico de profesión. Una enfermedad pulmonar lo impulsó a seguir el consejo médico y buscar un clima tropical de montaña, donde aparentemente tenía mejores perspectivas para prolongar su vida. Y eso se cumplió en realidad. Durante los muchos años de su estadía en Medellín, Gebhard se sintió bastante bien, a pesar del continuo trabajo pesado. Después de regresar a Alemania, falleció en el término de dos semanas. Su mujer era tan trabajadora como él. Se ocupaba principalmente de la cocina. No pasó mucho tiempo para que la sociedad de Medellín ya no diera los banquetes oficiales en el Club Unión, sino en el hotel Europa. Yo tenía tanta confianza en Gebhard que le confié mis pequeños ahorros a él cuando en los primeros años necesitó un poco de crédito. Nunca me arrepentí de ello.